

METAPSICOLOGIA: LA ENSEÑANZA Y LA FORMACION*

Estas notas surgen de un diálogo que *bordea* la metapsicología, en tanto esta palabra dice que el psicoanálisis se encuentra más allá de la psicología. Ningún trabajo escrito fue posible, puesto que los textos de Freud como *saber supuesto sujeto* son un límite del sentido. ¿Por qué —se preguntaba Masotta— hay en Freud una pobreza franciscana en lo que se refiere a un saber positivo? Una misma enseñanza provoca diversos aprendizajes, tantos como sujetos pueden suponerse al saber inconsciente.

Masotta nos decía que el análisis se relaciona con una sucesión de experiencias del inconsciente y sabemos que Freud enlaza el didáctico con esa experiencia.

¿La enseñanza *debe* ser realizada por psicoanalistas para dar lugar a un tercero? Pregunta extraña que supone una afirmación optimista sobre lo que es un psicoanalista. El discurso psicoanalítico es el lazo social que se instituye por un análisis, pero el semejante es el límite del sentido. ¡Y hay semejantes... psicoanalistas! No basta el tres, ya que el cuarto introduce la muerte y la sexualidad. La lingüistería de Lacan —su estilo— apunta a cambiar de lugar la sexualidad, ya que una ciencia debe plantear alguna cosa al hábito fundamental de la ética. ¿Cuando se habla del cuarto no resulta el tercero un intruso?

Aquí hablamos del didáctico y de la supervisión, de la formación del analista y del lenguaje, de la ley y de la justicia; pero no hablamos para nada —aunque indirectamente hablamos de la muerte—

* Presentado por Anabel Salafia y Germán L. García en la *Escuela Freudiana de la Argentina*, 18/12/76.

de la sexualidad. Sin embargo, entre Lacan y Freud se juega la sexualidad y la muerte.

Sorprende en la Metapsicología la ausencia de relación sexual —la organización autoerótica de la pulsión, para decirlo de una forma inexacta— que inscribe el falo en el lugar donde la muerte está forcluida (piensen en esos textos en cadena y verán que sólo estamos puntualizando un recorrido) bajo la figura de la imposibilidad de un dormir sin sueño. Esa muerte aparece bajo el imperativo de la sexualidad ajena al sujeto, una sexualidad de la especie, que supone la muerte como discontinuidad de los cuerpos.

Aquello que cae de lo viviente en la articulación *parcial* de la pulsión es la muerte que reina en el hueco y es la libido que cubre con su órgano ese vacío abierto por el lenguaje en el organismo.

Eros (libido y amor) es la condición estoica de la enseñanza: lo que se aprende del amor es lo que se aprehende de la palabra del Otro. Sin embargo, hay in-formación como caída de una actividad y de una forma. Momento que se registra como una confusión, como una pérdida “de los esquemas” —según se dice.

El aprendizaje supone la muerte de un mito de la *connaturalidad* del saber, de una pérdida del *índice* seguro de la vivencia. Extrañamiento y alienación en el saber supuesto sujeto de un texto, momento yacente (pasivo) como corte con el activo de un ente constituido. Lo que hay de *Heimlich* en el saber se convierte en *Unheimlich*, las ideas familiares se convierten en extrañas y el goce insuficiente del discurso amenaza las certidumbres.

Si en Freud el didáctico es el lugar en que el sujeto adviene Otro, es también el lugar donde el sujeto hablando de cualquier cosa llega al límite sexual de un sentido y queriendo decir la sexualidad deja que la muerte hable. Experiencia original del inconsciente, cuyo estatuto es ético porque lo que allí se articula tiene fuerza de ley. ¿Qué relación existe entre lo que llama didáctico y la transmisión del discurso? En el didáctico se escucha al inconsciente al suponer un sujeto (el analista) a su saber, mientras que en la transmisión del discurso hay un saber (el texto) al que se le supone un sujeto. ¿Qué sujeto? Se habla de *coordinador*. ¿Qué es lo que hay que coordinar? Una demanda inscrita en la sugestión colectiva (el retorno de Freud, esa alma en pena) será transformada en alianza con su descubrimiento. Pero si esto falla, el texto de Freud servirá para sostener la alianza de esa sugestión colectiva. Los “errores” en la transmisión del discurso se deben a que la simpatía placentera del grupo sustituye al goce de aquello que se intenta transmitir. Un conjunto de sujetos se toma como objeto (se aliena en “su buen

funcionamiento”) y borra al sujeto (el texto) en torno al cual la pulsión invocante los reúne. A esta alienación suele llamársela “creatividad” de los grupos que se “expresan”, pero es sólo el retorno a una supuesta *connaturalidad* del saber.

¿No pasa lo mismo con el didáctico, cuando se sustituye el clivaje de ese cuerpo atravesado por el goce inconsciente, por la *vivencia* que un yo recibe del saber de su analista? La palabra del analista se convierte entonces en inductora de una *expresión* corporal, de manera que la sexualidad pueda alienarse en la genitalidad y el discurso pueda separarse definitivamente de la muerte.

Pasar de la sugestión a la transferencia, del convencimiento a la convicción. La sugestión no es una vieja teoría, sino un fenómeno siempre *actual*. Ella es el *aquí y ahora* de cualquier análisis, es la máscara de la realidad siempre dispuesta en el lugar donde lo Real es lógicamente imposible. No existe nada más sugestivo que la realidad (se dice de ella que siempre supera a la ficción) y en especial la realidad del psicoanalista.

Sin embargo, es improbable que exista una relación unívoca entre sugestión y convencimiento y entre transferencia y convicción.

¿Qué decir de esos escritos que Freud llamó *técnicos*? Hay que pensar en la técnica del chiste, en ese levantamiento de la represión que se produce en el chiste y que resulta ser un *móvil* que deja todo como estaba. La sugestión está implícita en la transferencia. Freud tenía que convencer, vencer con el psicoanálisis la resistencia immanente a los lazos sociales instituidos por un discurso que alardeaba de razones suficientes para afirmar que el hombre es la medida (matriz) de todas las cosas.

Nosotros somos una *Escuela Freudiana* y también tenemos que convencer, no sólo en un análisis. Tenemos que convencer en la enseñanza, vencer con el psicoanálisis un muro de palabras levantado a partir del nombre de Freud (no ya contra su nombre). Porque Freud ha retornado de lo reprimido, hay *transacciones* y *compromisos*, hay *máscara* y *deformaciones*. Nosotros somos atravesados por ese síntoma y queremos decir a medias —como se pueda— la verdad de ese síntoma que nos incluye. Es nuestra alianza. Pero si Freud es el significante 1, su retorno se encuentra determinado por el efecto retroactivo de un significante 2 (el discurso de Lacan). Este significante 2 no es secundario, ya que *produce* a Freud como su *antedecente*.

Freud tenía que convencer de algo específico, de que el psicoanálisis era una ciencia. Los textos sobre el ocultismo y la telepatía muestran los *bordes* engendrados por la estrategia de convicción

que Freud formula.

Lo oculto se encuentra en otro lugar, un lugar diferente del de la ciencia. Hoy existen "ciencias" cautelosas prestas a otorgar al psicoanálisis su estatuto, ciencias que quieren ser testigos y mártires de la fundación de este estatuto. Ciencias que no carecen de santidad y se disponen a identificarse con el *objeto a* para causar (y también acusar) el deseo del psicoanalista.

La lingüística es una de ellas. Pero Lacan es terminante al afirmar que si el lenguaje es la condición del inconsciente, éste será la condición de la lingüística. El entusiasmo cede, las letras quedan.

Una ciencia, una técnica. Una teoría, una práctica. Pero hay el tercero y el cuarto, además de la *escisión* que enuncian esas dos polaridades. Freud adocina al Hombre de las ratas y trata de convencerlo. ¿En qué medida este historial —y los otros— es didáctico para nosotros? La teoría está en un análisis cuando el analizante la lleva, también cuando el analista la considera su obstáculo para no ser el ingenue que la cree su instrumento.

Los que demandan un análisis a Freud conocen su teoría (es el caso del Hombre de las ratas) y quieren someterse (*sic*) a la experiencia. Demasiado crédulos, buscan la salvación; quizás escépticos, desean ser convencidos. Ambas posiciones —dice Freud— carecen de importancia cuando se pone en juego la resistencia. ¿Qué es la resistencia? Ese punto del discurso que incluye al analista y al analizante como sujeto de la transferencia. Si Freud prefiere hablar de transferencia recíproca (donde luego se habló de transferencia y contratransferencia) es porque hay *un* sujeto de la transferencia cuando se produce el lazo social del discurso en un punto de resistencia. El *quién* de la transferencia y la resistencia no es el analizante y/o el analista, sino el inconsciente. La transferencia y la resistencia funcionan como causa, como efecto y como prueba de que el lazo social del discurso tiene su articulación fundamental en el saber inconsciente. Pero ese "quién" no es un sujeto sino un saber que al volverse insoportable busca un sujeto (el analista).

Esta experiencia original se encuentra en los orígenes y se relaciona con el didáctico que —de paso— debe garantizar por una experiencia del inconsciente el estatuto de ciencia del psicoanálisis.

En lo que hace a la sexualidad, Freud se pregunta, en relación con la ciencia de Charcot: ¿Si lo sabe, por qué no lo dice?

El concepto de represión parece responder a esta pregunta.

Recuerdo, repetición, elaboración pone en boca de un apólogo: "En realidad siempre he sabido todas estas cosas, pero nunca me detuve a pensar en ellas". Charcot lo sabe, pero no se detiene a

pensar en ello. ¿Ser escuchado obliga a detenerse a pensar en *ello*?

Este *detenerse* tiene un sentido lógico que nos remite al tiempo de comprender y al momento de concluir. El que emite el mensaje lo recibe en forma invertida. En análisis todo cuesta el doble porque sólo hay uno. Es sabido que el amor hace Uno, que el análisis sólo habla de amor y que eso es de por sí un goce. Si el goce es la sustancia (lo sub-stante, lo sujeto) del pensamiento, se comprende que Charcot no se detenga a pensar en lo que sabe, no se ponga a gozar de lo que tan bien lo complace.

Después se encuentra la relación entre Freud y Breuer y también entre Breuer y Anna O. La transferencia, sin duda, un juego donde se pone en juego un *cuarto* (un personaje, pero también un lugar con puerta donde el goce parece flotar como en las cajas inventadas por W. Reich para almacenar el orgón).

Se puede saber algo sin pensar, por eso se puede pensar sin llegar a saber nada de ello (dice el concepto de represión).

En Dora, Freud habla de indicios del inconsciente que dan prueba de la conversión. Hay otra mujer que —supone el amigo de Freud— es histérica y que parece escuchar ese discurso.

Las lagunas del discurso de Dora no sólo sirven para diagnosticar una histeria de conversión, sino que abren la pregunta sobre lo que resulta analizable. Estos colofones —estos índices— son lagunas de algo que debería estar y que falta. Pero esta falta se escucha en el discurso. Lo que se calla por repugnancia, lo que se calla por dolor, lo que se calla porque no está en la conciencia del sujeto que habla, lo que no puede ser recordado y lo que se olvidó. El silencio de Charcot primero y de Breuer después se relaciona con la repugnancia y el pudor, pero Anna O. hace pasar su recuerdo al acto.

Lo que se calla es *homo*/sexual, dirá Freud. Se refiere al silencio en la transferencia, pero al no existir significante para masculino y femenino hay que pensar este saber. El neurótico elige quién sostendrá su partida y quién escuchará su partición en relación a un *homo* que garantice la desaparición de la diferencia sexual. Uno del mismo sexo —cualquiera que sea el sexo del Otro— que satisface el *homo*. Si "a = a" se dirá "no (a = a)".

Entonces, si un hombre (h) no es una mujer (m) diremos "no (h = m)", lo que supone "h = m". Discurso virtuoso y círculo vicioso que muestra la imposibilidad de inscribir ese signo de lo real que es la "relación" sexual.

Esto no significa que una *voz* (hombre/mujer) deje de ser un *objeto a* que se juega en un análisis.

Lo que no puede ser recordado es olvidado en la transferencia,

lo que se calla porque no está disponible para el sujeto cuando habla es lo que Freud llamó después las conexiones “preconscientes”.

Convenciones de la Metapsicología: *llamaremos* preconsciente a aquello que... Llamaremos inconsciente a aquello que del acto se adjudica al olvido. La repetición existe el inconsciente y el analista puede descreer de lo segundo aceptando lo primero, donde puede hablarse entonces de resistencia. La palabra, la transferencia, el síntoma, la puesta en acto del inconsciente.

La transferencia es la crisis de fe y la puesta en fe de ese inconsciente. Analista y analizante recuerdan en la transferencia; cuando se trata del análisis de la transferencia recuerdan lo que no fue olvidado.

Amor de transferencia dice que se cree en el saber del que se ama y que no se cree en el saber del que se ama. Se cree porque se ama, porque se ama no se cree. El análisis de la transferencia será un tiempo de conclusión que permite abrir el tiempo del análisis. No se concluye el análisis, se concluye en el análisis. ¿La sanción es una forma de conclusión? La sanción está en juego porque el estatuto del inconsciente —dice Lacan— no es óntico sino ético. Ninguna persona sanciona quién puede ser psicoanalista, pero el ser del psicoanalista es sancionado por el goce del Otro. ¿No es a ese Otro a quien el yo se ofrece como objeto de amor, usurpando el lugar de la sexualidad y afrontando el peligro de ser tomado como “objeto” de la pulsión de muerte?

El olvido hace que el análisis sea interminable y ahí juega el inconsciente y ese origen del olvido que parece ser la represión primaria.

Olvido en el origen del deseo de (no) saber que provoca la investigación sexual infantil. Deseo de saber para no pensar que el ser hablando goza y no quiere saber nada del todo. Se sabe que no se quiere saber, se investiga para no saber que pensando hay goce. Freud habla del análisis mantenido en secreto, de un deslizamiento que lo asocia con la masturbación, donde se encuentra la relación entre el goce fálico y el goce (insuficiente) del discurso.

¿Qué significa levantar la represión? Algo que no será reprimido, algo que no será realizado: la elaboración. Esto significa que el discurso goza y hace que el sujeto goce de aquello que no fue reprimido por ser patógeno —dice Freud— sino que se ha vuelto patógeno por la represión. Y este goce del discurso es una *condenación* del placer del acto que el sujeto temblaba por ejecutar.

Los cuatro conceptos fundamenteles suponen que la *transferencia* —esto que el análisis juega, esto que siempre trabaja— es lo

que permite hablar de *inconsciente*, de *repetición* y de *pulsión*.

La transferencia es el obstáculo del análisis y la posibilidad de su teoría y constituye el discurso analítico determinado por el lazo social de un análisis.

Ahí está toda la teoría de la *contratransferencia* para leer cómo la “teoría” puede ser el producto de la resistencia jugando del lado del psicoanalista. Ahí se comprende demasiado rápido, se evita la angustia de la no *comprensión* que instituye el análisis (la *Metapsicología* es también el lugar donde Freud describe la comprensión como identificación con el semejante... aunque sea “contra” la transferencia del semejante). La pulsión es interior al campo del análisis por la función de la interpretación y por la imposibilidad de interpretar. En este sentido puede decir Lacan que el deseo es la interpretación.

Lo que no puede escucharse se percibe —hay que recordar que la percepción eclipsa la estructura— y en este sentido la percepción es una forma de comprender y de *convivir* en la alienación del semejante. Si la resistencia juega del lado del analista, lo que insiste en la transferencia —deseo, rupturas del discurso— es lo real. Cuando las palabras se ofrecen como objetos de *contemplación*, la pulsión debe ser escuchada en el lugar de la captura de una comprensión que percibe demasiado para *bordear* lo imperceptible.

Este *bordear* evoca los bordes de las zonas erógenas y sabemos que el voyeurismo acusa —no sin vergüenza, para quienes lo confiesan— una vertiente precipitada de la vocación. La palabra no garantiza, pero su función autoriza. Un encuadre no es un cuadrado y mucho menos el cuadrángulo de lo real. Su vocación es boxística, pero sus metáforas no son topológicas. Los límites del encuadre se extienden o se cierran a costa del análisis, donde el lenguaje es la condición de posibilidad.

El encuadre prueba la identificación con el analista, pero la crítica de esta identificación no elimina el problema. ¿Será el lacanismo un encuadre duro, un encuadre lúcido, un encuadre formal? Quienes lo rumorean, también dicen que lo soportan.

¡No satisfacer la demanda! La insatisfacción *es* de la demanda y la paradoja es que acusar recibo de cualquiera de ellas puede abrir el vacío de su petición. Lacan habla de la frustración que engendra la satisfacción de la demanda, no de la insatisfacción de la demanda como “frustración”. *¡Pegan a un paciente!*, puede ser el fantasma de una vertiente psicoanalítica que Masotta encontraba tramada en la inversión de esta consigna cuando respondía a Rodrigué: *¡Pegan a un psicoanalista!*

Nosotros intentamos renovar la alianza con el descubrimiento de Freud haciendo del discurso psicoanalítico el lazo social de un análisis. *Esto* que circula en el interior y en los bordes de un pacto que se llama Escuela Freudiana es sujeto de una sentencia: *Wo Es war, soll Ich werden*. La pregunta de la enseñanza será siempre: *¿Por qué no lo hace, ahora que al fin lo sabe?*